

EL MITO DE LA VIOLENCIA

por

LUIS DI FILIPPO

Día a día, moralistas laicos o religiosos, cuando no políticos de diversas tendencias, o también literatos y hombres de ciencia, tienen abundantes motivos, algunos estremecedores, para levantar su voz condenando a la violencia.

Si bien el ejercicio de la violencia tiene una larga historia que empieza con Caín, lo cual le quita carácter de novedad, no cabe duda que su música demoníaca antes que amenguar su tono, arremete en un delirante crescendo en cuyo horrible estrépito ahora vivimos envueltos.

Y ha ocurrido lo peor que podía acontecer tanto a víctimas como a verdugos y a espectadores: estamos tan saturados de episodios terroríficos que hemos llegado a una especie de insensibilidad semejante a la anestesia. La manifestación más ostensible de esta insensibilidad suelen darla, entre otros, los llamados hombres de Estado y los jefes más famosos de los grupos guerrilleros actuantes en cualquiera de los tres mundos convencionales reconocidos. Las pantallas televisivas y las notas gráficas periodísticas ofrecen al público, todos los días, los semblantes siempre sonrientes o risueños y satisfechos de las estrellas vanidosas de la política cruenta, como si fuesen héroes que acaban de consagrar la paz en el mundo.

Mientras las "vedettes" de las conferencias internacionales exhiben sus máscaras alegres para la publicidad que las acoge

con mucha avidez, estallan las bombas, detonan las metrallass y los cañones, acrecen los negocios de armamentos destinados a zonas del mundo donde más falta hacen los alimentos, medicinas, viviendas; miles de mujeres, ancianos, jóvenes y niños. la mayoría inocentes, fallecen o llenan los hospitales; otros cientos son secuestrados en el aire o en la tierra; muchos desaparecen no se sabe dónde, ni cómo. ¿Y para qué detenerse en los variados métodos de tortura con que se ofende al cuerpo humano?...

No se trata de fantasías literarias, ni de neuróticas visiones de pesadilla. Se trata de hechos que registra la crónica cotidiana lo mismo en las llamadas sociedades opulentas, como en las del tercer mundo al cual le sigue un semioculto cuarto mundo que no hace mérito de sus miserias, sino que las esconde como pobre vergonzante.

Pero lo que más llama la atención, al margen de las sonrisas ante el dolor de tantas víctimas inmoladas sobre los altares de las divinidades sedientas de sangre, es que teniendo el culto de la violencia y del terror inherente tantos adeptos, no haya surgido quien la proclame como una virtud. A lo sumo, habrá quien se atreva a considerarla una necesidad. No falta quien, con tímida hipocresía, la considera una triste necesidad, salvando con el púdico taparrabos del adjetivo la desnudez repugnante de su ejercicio.

Pero no faltó otrora quien, con intrepidez intelectual y con habilidad sofisticada, asumiese la defensa pública de la violencia. A la obra de este publicista que tuvo, a falta de otros méritos mayores, el de ser sincero sin embosos, deseamos referirnos.

Pero antes de entrar en el tema, creemos conveniente advertir que usamos el término *mito* en el sentido que le da Benedetto Croce: una mezcla de realidad y de fantasía. En este caso, la realidad es la violencia; la fantasía es la ilusión que la violencia suscita en quienes la invocan y la practican. Pues muchos creen que de la acre raíz de la violencia puede elevarse una dulce floración esperanzada de felicidad humana...

Han transcurrido siete décadas desde cuando Jorge Sorel comenzara a escribir en la famosa revista "Mouvement Socialiste" sus reflexiones sobre la violencia que, poco después, aparecerían en un volumen.

Si este mil novecientos no fuese el siglo de la velocidad "in crescendo", diríamos que 70 años son muy poca cosa computable en la dimensión del tiempo histórico. Pero la velocidad en función del tiempo nos permite tener la sensación de que estamos viendo el alba del 1900 con un sentimiento tal de nostalgia como si estuviésemos ya en el otro extremo crepuscular del siglo, gozando melancólicamente sus últimas luces mortecinas.

Quienes saben memorar sus años juveniles, recordarán sin duda el impacto que produjo la obra de Sorel en la imaginación tanto como en la conciencia de los lectores. "Reflexiones sobre la Violencia" fue algo más que un acontecimiento literario y un éxito de librería. Podríamos decir, retóricamente, que nos pareció un recio pregón de heraldo cuya resonancia bélica iba creciendo en ondas cada vez más amplias, convocando las conciencias a una realidad brumosamente presentida pero todavía no aferrada con claro sentido de evidencia.

Las guerras y las revoluciones, el perenne drama de los conflictos humanos, ya habían dado motivos suficientes para que historiadores, filósofos y moralistas reconociesen a la fuerza y a la violencia como a ciegos protagonistas de la historia. Pero estas imágenes literarias solían asumir una representación condenable, como si fuerza y violencia fuesen una oscura fatalidad demoníaca para las cuales se pedía prestado el piadoso manto de una sofisticada ocasional a fin de cubrir su desnuda crueldad con alguna pudorosa justificación moral. Por de pronto, fuerza y violencia no fueron consideradas fines en sí mismo, ni manifestaciones independientes de los fenómenos que las producen, sino instrumentos de la voluntad de Poder a cuyos designios obedecen ciegamente. Si algún sentido ético se les atribuía, éste era el de los ideales positivos o presuntos que inspiraban y motivaban su recio ejercicio. Ya Pascal reflexionaba escépticamente: "La Justicia está sometida a disputas: la Fuerza es re-

conocedora y sin disputa. Así no puede dársele Fuerza a la Justicia, porque la Fuerza contradijo a la Justicia y declaró ser ella lo justo. Y no pudiendo lograrse que lo justo fuera fuerte, se ha hecho que lo fuerte sea justo”.

A Sorel le place citar a Pascal, pero da otro sentido a las reflexiones de su compatriota. Lo que en Pascal es ironía, en Sorel es afirmación. Además, Sorel establece sutiles distingos entre los términos fuerza y violencia, considerando a la primera como “actos de autoridad” y a la segunda como “actos de rebeldía”. Así, mientras la fuerza tiende a imponer y conservar un orden social establecido, la violencia tiende a destruirlo. Por donde resulta que mientras la burguesía está en posesión de la fuerza, el proletariado apela al ejercicio de la violencia. Pero no son estas sutilezas las que dan mayor relevancia a las reflexiones de Sorel. Lo que más hicie la imaginación del lector es la interpretación de la violencia y su lírica exaltación que campea en las páginas de la obra famosa. Pues Sorel transfigura a la Violencia en un Mito y escribe el sustantivo con mayúscula otorgándole así, con esa majestad gráfica, un romántico sentimiento de emoción superlativa que lo convierte, a través de la obra, en dramático pero excelso protagonista de la historia. De aquí que sus reflexiones adquieran el tono y la intención expresa de una apología.

Cuando Sorel comienza a desarrollar su teoría del Mito, dibuja con artístico embeleso de literato la imagen plástica de esta creación suya. Su prosa se exalta en giros retóricos destinados a excitar la fantasía de sus lectores para apresarla en la red insidiosa de sus poéticas sugerencias. Y este escritor que ostenta todas las características de un intelectual, arremete contra los intelectuales remedando la actitud farisea de otros antecesores franceses entre quienes no está de más señalar a Napoleón. Decir “intelectual” con sentido despectivo, implicaba denunciar a los racionalistas de la Ilustración y a sus inmediatos herederos.

Para Sorel el Mito es, naturalmente, algo irracional. Está claramente expresada esta convicción en frases inequívocas:

“...la huelga general es lo que expuse: el mito en que se condensa el socialismo. Esto es, una organización de imágenes a propósito para evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna”. El Mito, pues, evoca las fuerzas instintivas del combatiente; esto equivale a decir que es irracional. Tanto, que en otra parte expresa que la del sindicalismo revolucionario que él postula no es “una filosofía de cabeza”, sino “una filosofía de brazos”. Este concepto de guerra revolucionaria, Sorel lo ha heredado de Marx, sólo que en el marxismo aparece como algo involucrado en un vasto y complejo movimiento en cuyo proceso la guerra de clase o cualquier otro género de guerras, desempeña el papel de “partera de la historia”.

En cambio, para Sorel el Mito de la Violencia es una idea fundamental en torno de la que gira toda su filosofía, esa filosofía “sui generis” que él elabora prescindiendo en todo lo posible de la cabeza, o sea, de la razón. Filosofía que, por otra parte, no le es original en absoluto. Pues se inspira, en no pocos aspectos de su formulación —o de su retórica— en un lenguaje de esencia nietzschiana. Así, cuando H. Lagardelle, discípulo de Sorel, afirma que “la vida no se hundirá en el marxismo pacifista; queda una escuela de heroísmo, un campo de batalla permanente: la lucha obrera”, está interpretando cabalmente la “filosofía” de Sorel.

Para poder negar una filosofía de cabeza y afirmar otra de brazos, este original marxista a su manera, reacciona violentamente contra el racionalismo y, desde luego, contra el espíritu científico. Entonces, afirma: “Nunca hemos de esperar que el movimiento revolucionario pueda seguir una dirección convenientemente determinada de antemano; que pueda conducirse conforme a un plan científico, como la conquista de un país; que pueda ser estudiado sucesivamente fuera de su presente; todo en él es imprevisible...”.

El contenido marxista de esta reflexión es algo que sólo los teólogos y dialécticos del culto marxista podrían explicar como buenos doctores de la nueva mística, pero los profanos no estamos en condiciones de entender, aunque reconocemos la admirable elasticidad de la dialéctica con sus lógicos artilugios contradictorios. Mannheim ha dado la explicación de este contrasentido: “El pensamiento dialéctico de hecho es racionalista, pero culmina en el irracionalismo”. Croce diría que es un producto mental híbrido...

Para que fuese compatible la sublimación mística de la Violencia con el movimiento del proletariado, Sorel hubo de alejarse de las corrientes anarquistas y marxistas que canalizaban en direcciones divergentes y polémicas tanto la acción como en el pensamiento revolucionario. Y entonces descubrió en el Sindicalismo el instrumento práctico de su intuición abstracta. Y como suele acontecer a muchos intelectuales —aún a los que se proclaman anti-intelectuales— Sorel atribuye al Sindicalismo todo cuanto se le ocurre adecuado a su especial punto de vista. A un enemigo de la ciencia y del método científico no se le puede formular imputación alguna de incoherencia al respecto, pues otros que manejan el método científico han hecho y hacen lo mismo aunque menos desembozadamente.

El Sindicalismo no es, por cierto, un invento de Sorel; pero la interpretación del hecho y sobre todo su transfiguración en una realidad capaz de contener y desarrollar históricamente el Mito de la Violencia, es mérito atribuible a Sorel y a sus discípulos. Para elaborar semejante intuición, Sorel maneja a su modo tanto el pensamiento de Marx como el de Bakunin y el de Proudhon completando tan ecléctico ayuntamiento con algunos aspectos de la filosofía de Bergson, entonces en auge, adaptándola a un repertorio de cuestiones sociales a las que Bergson prestara muy escaso interés por ser ajenas a sus especulaciones metafísicas.

¿Cómo pudo tener éxito tan resonante esta híbrida actitud mental? La respuesta a la pregunta forma parte de un capítulo

de la historia del pensamiento, y quizás mejor de la psicología colectiva, pues puede calificársela de aberrante por sus copiosas manifestaciones psicológicas. Estas expresiones del espíritu pueden figurar entre las que dan motivos para creer en la existencia de “una patología de la cultura”, no obstante las dudas de Spranger.

Sorel empieza por creer que la burguesía está en decadencia irremediable y que el socialismo ha de ser quien la destruya del todo. Pero el socialismo ha tomado la ruta parlamentaria y aspira a conquistar el Poder mediante la actividad democrática. Sorel entiende —como otros revolucionarios de su tiempo— que el parlamentarismo enerva la acción del proletariado y lo aleja de la guerra de clases. Entonces, Sorel levanta el Mito de la huelga general, exalta el espíritu heroico de los guerreros proletarios, estimula la embriaguez de la acción sublime a fin de crear una atmósfera de contienda capaz de despertar en el hombre sus adormecidas virtudes de nobleza. Este repertorio de adjetivos románticos, de sentimientos y de ideas que Nietzsche atribuye a la casta de los nobles guerreros. Sorel transfiere al proletariado como si éste fuese la nueva casta pura, incontaminada, ascética; humana reserva virtuosa destinada a la conquista del futuro.

A fin de establecer un contraste entre biológico y moral con la burguesía considerada decandente, Sorel se complace en considerar al proletariado como a una nueva barbarie destructiva y a la vez rejuvenecedora. Exalta esta barbarie pujante en estos términos: “Si perece el socialismo, ello ocurrirá innegablemente de la misma manera: por amedrentarse de su barbarie”, escribe a Daniel Halevy, explicando que el calvinismo fue vencido cuando “quiso realizarse al nivel de la cultura moderna. y concluyó por volverse un cristianismo atenuado”.

¿Y por qué degenera la burguesía? Porque “desaparece la raza de los audaces, que dieron grandeza a la industria moderna, y le queda libre el puesto a una aristocracia ultra cuidada, que solicita vivir pacíficamente”. Para Sorel la bar-

barie no es una imagen despectiva. Idealiza a la barbarie para denotar aún más a la civilización burguesa considerada decrepita. Por eso insiste: "Muchas veces se presentó el socialismo "civilizado" de nuestros doctores oficiales como salvaguardia de la civilización, y creo que produciría efecto semejante al de la instrucción clásica dada a los reyes bárbaros por la iglesia: corrompería y embrutecería al proletariado según le ocurrió a los merovingios, y la decadencia económica sería más real bajo la acción de los supuestos civilizadores".

Para salvar al mundo de esta caída que lo amenaza es necesario que "el proletariado se aferre obstinadamente a las ideas revolucionarias; ... puede salvarse todo si, por la violencia logra volver a consolidar la división en clases, y devolverle a la burguesía algo de su vigor... La violencia proletaria, ejercida como pura y simple manifestación del sentimiento de la lucha de clases, aparece así con caracteres de algo bello y heroico... Saludemos a los revolucionarios como saludaron los griegos a los héroes espartanos defensores de las Termópilas, y que contribuyeron a conservar la luz en el mundo antiguo". Suponemos, tras la lectura de este emocionado recuerdo histórico, que Sorel querrá reconocer, al menos, que esa luz del mundo antiguo no era precisamente de barbarie...

Parece que Sorel no solo desea que la burguesía perezca, sino que haya un hermoso combate entre guerreros por igual agresivos y heroicos, una contienda de caballeros en pie de igualdad. Pues la Violencia proletaria tendrá la virtud de despetar a la burguesía decadente a la necesidad de retornar a sus añejas virtudes conquistadoras. Se diría que para Sorel la estética no debe ser incompatible con la sociología. Con novelesca imaginación de literato romántico, está viendo la posibilidad del bello espectáculo cruento y se entusiasma retóricamente, diciendo: "La idea de la huelga general, engendrada por la práctica de las huelgas violentas, implica la concepción de un cataclismo irremediable. Hay en ello algo de espantoso, que lo será aún más cuando la Violencia se adueñe

en más amplias proporciones del espíritu de los proletarios. Pero al acometer una obra grave, temerosa y sublime, se realzan sobre nuestra sociedad ligera y se hacen dignos de enseñarle al mundo los caminos nuevos”.

Este paisaje imaginario, Sorel lo siente como una posibilidad y lo postula como necesario. Entre otras razones, porque lo concibe también como algo sublime, digno de ser contemplado. Sorel insiste sobre lo sublime; se complace con evidente deleite en repetir una y otra vez el adjetivo sonoro. En definitiva, le sobran a Sorel razones para demostrarnos la “voluptuosidad de la Violencia”, pero le faltan para demostrarnos su eticidad.

Pero la excelencia del Mito no se demuestra lógicamente, sino históricamente; entre otras razones, porque para un irracionalista la lógica poco cuenta. Cuentan los hechos. Los hechos, por su parte, tienen su lógica propia. El caso es que a lo largo del 1900, la Violencia apareció en escena con sus héroes destructivos, aunque en dramas muy poco regocijantes. Tras la gimnasia proletaria de las huelgas generales, como tras las grandes maniobras de los ejércitos, vinieron las guerras y las revoluciones. Pero excepción hecha de la rusa, las contiendas violentas y sublimes no fueron proletarias, sino burguesas. Y los héroes homéricos de Nietzsche y de Sorel se llamaron Mussolini o Hitler. Hubo, sí, abundante destrucción moral y física; se derramó mucha sangre; se produjeron los cataclismos y los espectáculos espantosos; y tal como lo esperaba el profeta en sus reflexiones, llegaron los “tiempos nuevos”, los cuales trajeron muy viejas novedades conocidas.

La primera novedad ostensible fue la hipertrofia del Estado. Sorel lamentaba en su obra que “todas las perturbaciones revolucionarias del siglo XIX terminaron por la vigorización del Estado”. Pero este profeta del siglo XX creía que la violencia proletaria “modifica el aspecto de todos los conflictos en que interviene, pues niega la fuerza organizada por

la burguesía y pretende suprimir el Estado, que constituye su núcleo central”.

Pero la historia desmiente al profeta, pues ni las revoluciones fascistas, ni las comunistas presuntamente proletarias, destruyeron al Estado; al contrario, lo magnificaron. Y en cuanto al sindicalismo tan idealizado por Sorel, perdió sus características agresivas e intransigentes; fue domesticado en su presunta “barbarie”. La clase proletaria que según Sorel “no tiene ninguno de los instintos serviles de la democracia”, puso sus sindicatos al servicio de la dictaduras de los partidos entronizados en el Poder mediante la violencia. El Sindicalismo se convirtió en la quinta rueda del carro cesáreo del Estado omnipotente, fue manso servidor de la disciplina unitaria y centralizada. Exactamente todo lo contrario de cuanto creía y deseaba Sorel. Pues la desaparición del Estado, también preconizada por Marx y Engels para un futuro indefinido, las ideas de federalismo y descentralización propugnadas por Proudhon y Bakunin, conceptos todos que Sorel incorpora a su filosofía revolucionaria, se perdieron uno a uno diluídos en las aguas tormentosas del nacionalismo guerrero o de las dictaduras policiales de la post guerra que medraron sobre las frustraciones de los vencedores y de los vencidos.

¿Qué ha quedado de vivo en “Reflexiones sobre la Violencia”? El sentido de la intuición operante del Mito. Y no solo del Mito de la Violencia, sino de cualquier Mito político. Pues el Mito cambia de faz, de nombre, aquí y allá, pero su presencia hechicera actúa como nunca en los procesos revolucionarios o reaccionarios de nuestra época. Advierte Cassirer que “tal vez, el carácter más importante, y el más alarmante, que ofrece este desarrollo del pensamiento político de nuestra época sea la aparición de un nuevo poder: el poder del pensamiento mítico”.

Estamos viendo, en efecto, que aún los sistemas que presumen de muy racionales. de muy científicos, actúan bajo el hechizo de sus mitos peculiares creando uno de los tantos contrasentidos históricos entre la lógica abstracta de las ideas

y la lógica concreta de los hechos. “Debe juzgarse a los mitos como medios de obrar lo presente”, decía Sorel. Pero ocurre que el mito se engrandece ante el espíritu de sus admiradores, y naciendo como un medio de obrar se transfigura en finalidad dominante. Los hombres terminan por arrodillarse ante el altar de su creación imaginaria; entregan su alma y su cuerpo al hijo de su fantasía. Pues, como declamaba el mitómano Mussolini: “este Mito es una fe, un noble entusiasmo. No necesita de una realidad”...

El mito no necesitaba de una realidad. Pero la realidad tampoco necesitaba de ese Mito y lo barrió de la superficie de la historia. Solo que las raíces del Mito, soterradas pero no extirpadas, crearon otros mitos no menos trágicos e infelices desde el punto de vista de los intereses humanos.

